

En las escuelas, profesores y equipos directivos intentan educar en una clave más profunda: formar personas, acompañar trayectorias, generar comunidad. No es indiferencia lo que habita nuestras aulas. Sin embargo, ese esfuerzo cotidiano suele chocar con un sistema que mide la calidad en parámetros distintos. Así se produce una fractura silenciosa: cuando lo que se mide no coincide con lo valioso, lo esencial queda desplazado.

La tradición humanista, en especial la cristiana, ha sido clara: educar es formar integralmente a la persona y orientarla al bien común. No basta con mejorar indicadores; urge reconstruir un horizonte compartido. Ello implica revisar qué entendemos por calidad educativa y el lugar que ocupan disciplinas como la filosofía, la historia, el arte y la religión.

Preguntarnos “¿para qué educar?” es preguntarnos por la persona que estamos formando y la sociedad que estamos construyendo. Y esa es una pregunta que no podemos seguir postergando.

Patricio Jaramillo Fernández

Aumento de licencias médicas

- El alza de las licencias médicas y del